

dida y arrastrada te veas en este mundo: jamás tu corazón pruebe los placeres de la paz: sea toda tu vida un círculo de afrentas, dolores y miserias, y en la hora inevitable de la muerte, el Dios eterno que me escucha permita que no halles confesor que te absuelva, para que, muriendo impenitente, recibas en los infiernos por toda la eternidad el premio de tu tenaz inobediencia.

No pudo la inocente Carlota soportar el temor que le infundieron estas impías execraciones, (1) y así trémula, descolorida y palpitándole fuertemente el corazón, se abalanzó á los pies de su cruel padre, se los besó mil veces, los empapó con sus lágrimas, y apenas articulando las palabras le decía: ya está, papá de mi alma: ya está: yo seré monja y cuanto V. quisiere, pero deje ya de maldecirme.

Entonces el cruel viejo, aparentando una alegre serenidad la levantó á sus brazos, y estrechándola en ellos le decía: Ya no hay nada, Carlota: ya no hay nada. Tú eres mi hija y estás obligada á obedecerme, así como debo amarte por ser tu padre. Con tal que me des gusto y me cumplas esa palabra, ya no te reñiré en mi vida; antes te recibiré á mi gracia, y sólo por complacer un mal deseo; sin embargo, el maldecir es un vicio y una costumbre reprobada aun cuando se maldiga con razón; porque nunca hay razón para maldecir. Muchas veces Dios ha permitido que se cumplan las maldiciones de los padres por castigo de ellos mismos. Así como sus bendiciones afirman la felicidad de los hijos; sus maldiciones destruyen hasta los cimientos de las casas. Esto lo dice el mismo Dios en las divinas escrituras. (Eccl. 3, V. 11.) No es mucho, pues, que haya tantas familias desgraciadas habiendo tantos padres maldicientes; te daré gusto como siempre.

[1] Es una vulgaridad creer que siempre se cumplen las maldiciones de los padres. Cuando son injustas no hay para qué temerlas; porque Dios no aflige á sus criaturas.

Vamos, siéntate, serénate, no llores: si yo te quiero mucho, si eres mi hija, ¿no te he de amar? Ahora, ¿qué imposible te pido? Que seas monja: mira tú cual es el daño que te hago. ¿Acaso crees que en los conventos se pasa mala vida? No, hija, todo lo contrario: cuantas están allí están contentas, sin echar menos la calle para nada. ¿Qué te podrá faltar en el convento? Allí tendrás tu celda muy compuesta, tus macetas, tus pajaritos y cuantas golosinas apetezcas. No te faltará un peso que gastar con libertad, ni amigas con quien amistarte. Tampoco carecerás de diversión, pues en los conventos tienen sus días de recreo, sus rejas, sus visitas y azoteas: hacen también sus máscaras y mogigangas, sus comedias, sus jamaicas... En fin, no extrañan la calle para nada.

A más de esto ya sabes que mi hermana es la abadesa: con ella vivirás, y te tratará como tu tía y como que te quiere y te ha querido tanto. Por esta misma razón, las monjas y las niñas te traerán en las palmas de las manos. Ultimamente, tú vas á asegurarte de los peligros de este mundo, vas á llenarte de la gracia de Dios, á merecer la bienaventuranza con tus virtudes, y á ser nada menos que esposa del mismo Jesucristo. ¿Quieres más dicha? ¿quieres más satisfacción? ¿quieres más gloria?

Conque, qué dices; ¿te resuelves á aborrecer á Welster y ser monja?—¡Ay papá! respondió Carlota sin poder interrumpir su llanto, ya le dije á V. que seré monja, pero aborrecer á Welster es imposible.—Vaya, vaya: tú estás apasionada, te disculpo: al fin eres muchacha y no sabes lo que hablas ni lo que haces. Me contento con que seas monja. En el convento, después que no sepas de Welster, cuando pasen dos años, y no tengas ni esperanzas de verlo, se apagará en tu pecho esa llama que ha encendido tu infame seductor, y ya no te volverás á acordar de él; pero es preciso acelerar este paso antes que se enfríe esta vocación. Mientras

vuelvo, vístete, y serénate. Te dejo encerrada, porque no quiero que tu tía ni las criadas te vengan á incomodar ni á informarse de lo que ha pasado. Ya vuelvo.

Diciendo esto el viejo, la encerró y se salió para la calle. Fácil es concebir que Carlota viéndose sola se desahogó á su satisfacción, se bañó en su llanto mil veces besando el retrato de Welster, que no se le caía del pecho; le decía como si hablara con él mismo: ¡Dónde estás lay! Jacobo de mi vida, hechizo de mis ojos, bien de mi corazón? ¡Para qué veniste á esta tierra que te había de ser tan azarosa; para qué me amaste tan de veras, y ya que me amaste, para qué te ausentaste de mis ojos! ¡Ah Welster desdichado! Vén, vuela en las alas del amor á socorrer á tu infeliz Carlota: mira que te la arrebatan de los brazos... Sí: yo te voy á perder eternamente. Ya no volveré á ver ese semblante tan lleno de candor y de inocencia; ya no escucharé de tu boca aquellas tiernas expresiones, aquellos nobles sentimientos que me manifestaban tu amor puro; ya no tendré la gloria de volver á estrecharte entre mis brazos: ya huyó de mi corazón aquella lisonjera esperanza que me alentaba de poder alguna vez llamarte mío. ¡Ay desdichada Carlota! Ya se acabaron pata tí los días de la serenidad y la alegría... sepultada en una horrible prisión vas á perder á Jacobo para siempre... Welster... amado Welster... esposo mío... vén, corre, favorece á esta mujer amante y desgraciada...

La fuerza del dolor oprimió el corazón de esta infelice, anudó su lengua, heló su sangre, y la hizo sucumbir á su vehemencia. Cayó privada al pie de un canapé sin soltar el retrato de su amante.

Así estuvo algún tiempo hasta que naturalmente volvió en sí, y advirtiéndole que había pasado largo rato y que podía ya volver su padre, escondió el retrato se limpió los ojos y se vistió.

Apenas había acabado, cuando entró don Tadeo y

le mandó se pusiera el túnico negro y la mantilla. Obedeció al instante, y, tomándola el padre de la mano, la bajó la escalera, y entrando los dos en un coche, la llevó al convento, en cuya portería la estaba esperando la abadesa.

Esta la recibió con mil cariños y la introdujo en su habitación. Como don Tadeo tenía dinero, facilitó todas las cosas de modo que al tercer día tomó el hábito de religiosa.

Esto fué con tal secreto que ni doña Eufrosina, ni ninguna de sus amigas, ni su hermana Adelaida, ni las mismas criadas de su casa lo percibieron, ni pudieron rastrear su paradero por más pesquisas que hicieron.

El viejo se unió con la abadesa, y entre los dos tomaron todas las precauciones necesarias para impedir que Carlota avisara á nadie de la calle dónde estaba. Continuamente tenía sobre sí los ojos de la tía, ó de una monja de su confianza: no se le permitía jamás bajar á la puerta, subir á la azotea ni tener reja; se le prohibió absolutamente toda amistad dentro del convento; se le quitó de la celda el tintero; se le impidió bajo de graves penas que hablara sino con la abadesa ó con la monja su perpetua centinela, y, para acabar de quitarle todo recurso, se le hacía dormir sola en un solo cuarto, bajo de llave.

La infeliz novicia cayó en la más negra melancolía. Siempre llorando, sola y sin hablar con nadie del convento, se entregó á rienda suelta á la tristeza. A muchas instancias y regaños comía un bocado: el sueño se retiró de sus ojos, y con semejante vida en cuatro días se estragó su salud notablemente. Ella se puso flaca, descolorida, en términos que infundía compasión á cuantos la miraban. Su confesor, con quien podía haber tenido algún desahogo, estaba coludido con su padre, y así, en vez de consolarla, la reprendía ásperamente, tratándola de loca y de inconstante.

Tantos verdugos juntos dieron con ella en una cama, donde padeció más de seis meses. Cuando avisó la abadesa á su padre que estaba de peligro, y que no la aseguraban los médicos, respondió: — ¡Ojalá se muera! más bien la quiero muerta que casada.

No se cumplieron sus indignos deseos, porque, ya por la resistencia de su edad y su constitución, ó por los auxilios de la medicina, se fué restableciendo poco á poco, hasta que logró ponerse en pie.

Cuando se levantó de la cama se halló con otra niña que tenía la abadesa, llamada Irene, con quien le permitieron amistar, pero sin perderla de vista, como siempre. Esta joven era muy amable y padecía la misma enfermedad que Carlota: esto es, estaba apasionada por un hombre de bien; pero era pobre, y los padres de ella, para ver si lo olvidaba, la pusieron en el convento. Así que las dos se comunicaron sus penas, estrecharon más su amistad, y se consolaban ó lloraban mutuamente con mucho disimulo, por temor de su imprudente vigilancia; pero dejemos á Carlota cumpliendo su año de noviciado mientras nos dirigimos á la Habana para saber que es lo que hacía Welster.

Este, luego que llegó, comenzó á realizar sus proyectos con la mayor eficacia para regresarse pronto á esta ciudad. Ya casi los había concluido felizmente, cuando una tarde, andando de paseo, se quebró la calesa, cayó con él, y le lastimó una pierna tan malamente, que los cirujanos temían que la perdiera.

Siete meses estuvo en una cama sin poderse levantar, hasta que por fin, á costa de sufrimiento y de dinero, logró quedar enteramente bueno.

No tanto lo desesperaba su mal, cuanto no tener noticia de Carlota. Tres veces le escribió, y otras tantas se quedó esperando la respuesta; ¿pero cómo la había de tener si en México no sabían sus conocidos dónde estaba? El señor Labin, á quien venían las cartas de Jacobo, se volvía loco por inquirir el paradero de Car-

lota; pero todas sus diligencias eran vanas. Mil veces llegó á pensar que la había matado su cruel padre. Como que era amigo verdadero de Jacobo tomaba el mayor interés en serenarlo, y así unas veces le decía: que estaba en una hacienda al tiempo que salió el correo marítimo, otras, que estaba algo enferma, y otras, que se había extraviado la contestación en el camino.

Esto acongojaba demasiado al sensible Welster, porque atribuía el silencio de Carlota á alguna incostancia mujeril; y así, apenas se alivió, cuando se embarcó para este reino, sin dar noticia de su viaje á su íntimo Labin.

Ya se acercaba el tiempo en que estos dos amantes apuraran de una vez el amargo cáliz de su última separación. Las horas volaban para apresurar el fatal momento. Jacobo desembarcó sin novedad en Veracruz, y, como su pasión era vehemente, no pudo sosegar: trató de acelerar su viaje á esta capital y lo verificó á marchas dobles.

Dos días faltaban para la profesión de Carlota, y ella no había tenido un rato proporcionado para escribir al señor Labin, como deseaba; porque su vigilante cuidadora estaba en esos días más alerta que nunca por especial encargo de su padre.

Pero no todas han de ser desgracias en la vida. Un accidente, que pudo ser funesto, facilitó esta ocasión deseada. La antevíspera de la profesión, como á las doce de la noche, acometió á la abadesa un fuerte insulto apoplético. Se alborotó el convento; llamaron al confesor y al médico, y en estas horas nadie pensaba sino en restablecer la salud á la prelada, entraban y salían de su celda atropelladamente y nadie se acordaba ni su perpetua cuidadora. Ella aprovechó estos preciosos instantes, y, cogiendo una pluma y una poca de tinta en un vasito, se entró á escribir á su recámara, quedándose Irene guardando la puerta con disimulo para que no la sorprendieran.

A las cinco de la mañana volvió en sí la abadesa, sin sentir ningunas resultas temibles del pasado ataque. Todas se retiraron, y la centinela de Carlota, no pudiendo ya resistir el sueño, se quedó dormida como una piedra, y esto sirvió para dar lugar á enviar el papel á Labin. El interés todo lo vence, y así no se dificultó encontrar una moza que desempeñara bien su encargo.

Todo salió como se había de menester. A las ocho del día ya había recibido el señor Labin el papel de Carlota, y luego que lo leyó, se penetró de compasión hacia ella, y de rabia contra su indigno padre. Despidió á la mandadera muy contenta porque le dió dos pesos, rogándole mucho que pusiera la respuesta con todo recato en manos de la misma que le había dado el papel primero.

No bien salió la mandadera de su casa, cuando el señor Labin se dirigió á la de su amigo el coronel, á quien dió parte del suceso.

A todos interesó la desgracia de Carlota, y le rogamos que nos leyese la carta de ésta á Welster. Labin condescendió, y sacando el papel leyó de esta manera: *Jacobo: la suerte está echada en nuestro daño. Mañana profesaré contra mi voluntad. Te voy á perder para siempre, siendo un cruel padre la causa de mi separación. El sepulcro se abrirá bajo de mis pies luego que me ligue con los votos. Voy á morir, porque no he de poder vivir sin tí. Solo te ruego, por aquellos momentos dichosos en que me asegurabas tu firmeza, que no me olvides, y si alguna vez, hostigado de mi debilidad, te consagrases á otra hermosura más dichosa, acuérdate, á lo menos, de tu infelicitísima Carlota, en cuyo corazón vivirá tu memoria eternamente. Adios, adios, Welster, amado mío.*

Todos nos enternecimos con la lastimosa despedida de Carlota y cuando estábamos compadeciéndola, entró en la sala su padre el tirano don Tadeo. Su vista nos sorprendió, y al coronel lo llenó de tal cólera que

apenas pudo disimularla. La sangre se replegó á su corazón, según lo dió á entender lo descolorido del semblante; pero, como estaba dotado de bastante prudencia, recibió al impío viejo con su acostumbrada urbanidad. Este, á pocos momentos, aparentando que le hacían un gran favor en revelar el gran secreto, refirió que su hija era monja, que iba á profesar el día siguiente, y concluyó convidándolo y á todos sus amigos para la función prevenida.

Entonces el coronel, no pudiendo encubrir su indignación, le dijo: Temo mucho, señor don Tadeo, que esta niña va á profesar, contra su voluntad, una vida de que quisiera desprenderse en este instante. El secreto que V. ha guardado, ocultándonos por un año el lugar en donde se hallaba, por más preguntas que se le han hecho, me asegura de este temor. Si ella hubiera entrado con verdadera vocación, con pleno conocimiento de lo que hacía, y con deliberada voluntad, no había un justo motivo para que V. negara la verdad. Lo cierto es que mi cuñada, sus amigas, su misma hermana doña Adelaida no han sacado de V. sino equívocos pueriles cuando le han preguntado por ella; luego nada más se necesita para inferir, y aun para asegurar que su ingreso al convento fué forzado, lo mismo que será su profesión.

Si así fuere, yo me admiro, me asombro, extraño esta violencia en el juicioso talento de V., y, considerando padre de esta niña desgraciada, me espanto de que en un padre quepa semejante crueldad. Acción menos tirana fuera que V. dividiese su corazón con un puñal, que no que la obligue á condenarse por su boca á una prisión eterna y y sin delito.

No es V. ignorante, amigo don Tadeo: sabe V. muy bien que la autoridad de los padres no llega hasta el extremo de violentar á los hijos á que abracen un estado para el que no tienen vocación: esto es, para violentarlos sin justicia.

El mismo autor de la naturaleza, aquel gran Dios que nos crió y nos conserva, y que es árbitro de la vida y de la muerte de los hombres, no quiso apropiarse su albedrío; sino que los dejó en plena posesión absoluta de su voluntad, para que obrasen en todo según les pareciese. Pues si el dueño de los hombres les deja esta inestimable libertad ¿por qué los padres han de querer apropiarse unos derechos que el mismo Dios renunció en favor de los míseros mortales? Si este soberano Monarca hubiera querido, nos habría quitado la libertad, y en este caso obedeceríamos su voluntad con el mismo mecanismo que el sol, la luna y las estrellas; pero no seríamos merecedores del premio ó del castigo. La voluntad del hombre, bien ó mal dirigida, hace que se haga digno del odio ó del amor del Ser Supremo, y, por lo mismo, acreedor á unas penas ó á unas felicidades eternas. Vea V., amigo, si podrán los padres forzar á sus hijos á abrazar un estado de cuya buena elección depende su felicidad temporal y eterna.

El santo y general Concilio de Trento, inspirado por el Espíritu de Dios y en consideración á estas cosas, fulmina una terrible excomunión contra aquellos padres temerarios que tienen la sacrílega osadía de violentar á sus hijas para ser monjas... Pero acaso V. no me cree, voy á traerle el mismo texto del Sagrado Concilio, para que se convenza por sus ojos... Vamos, aquí está el libro. Hágame V. favor de leer las propias palabras que dictó aquel Sagrado Congreso, inspirado por el Espíritu de la verdad.

Tomó don Tadeo con harta repugnancia el libro, y leyó de esta manera: «El Santo Concilio excomulga á todas y á cada una de las personas, de cualquier calidad ó condición que fueren, así clérigos como legos, seculares ó regulares, aunque gocen de cualquier dignidad, si obligan de cualquier modo á alguna doncella ó viuda, ó á cualquiera otra mujer... á entrar contra su voluntad en monasterio, ó á tomar

el hábito de cualquiera religión, ó á hacer la profesión; y la misma pena fulmina contra los que dieren consejo, auxilio ó favor; y contra los que, sabiendo que entra en el monasterio, ó toma el hábito, ó hace la profesión contra su voluntad, concurren de algún modo á estos actos, ó con su presencia, ó con su consentimiento, ó con su autoridad...» (Sesión XXV, cap. 18.)

—Todo esto está muy bueno, dijo el obstinado viejo; pero no habla conmigo, porque Carlota va á profesar con su voluntad, y ella misma me encargó que no publicara que era monja hasta este día, porque no quería tener visitas, y yo no he hecho más que condescender con su gusto.

El coronel, conociendo la malicia de don Tadeo, le dijo: Está muy bien, amigo: la niña profesará como V. quiere; pero yo sé y muy bien que no profesará con su voluntad. En fin, V. es su padre, lo quiere así y basta; pero acaso en los infiernos se acordará del coronel Rodrigo, cuando maldiga su avaricia que es la causa de sacrificar al claustro la voluntad de Carlota, ofrecida por ella misma á Welster. Todo lo sabemos y ya no puedo disimular mi justa indignación. Es V. un hombre pérfido, un ciudadano inútil y un padre verdugo. Por no desmembrar su capital, dándole á su hija la legítima que le corresponde, la va á entregar á la última desgracia, separándola de su inocente amante, y condenándola á una eterna desesperación. Pero vaya V., señor don Tadeo: haga creer á su hija que tiene sobre su voluntad un poder que Dios no le concede: compre seductores á su antojo: válgase de medios reprobados y haga las infamias que pueda, que algún día, algún día se ha de acordar de mí en los infiernos, cuando, sorprendido por la muerte, conozca la fuerza de estas verdades y maldiga en los abismos el poder de su maldito dinero.

No, no será V. el primer padre que gemirá en aquellos oscuros calabozos. ¡Cuántos están allá por la

misma causa! Muchos, don Tadeo, muchos han ido á los infiernos por violentar el albedrío de sus hijas. Las han hecho ser monjas por reservar el dinero, el mismo dinero que no aprovecharon sus hijas, pero lo tiraron sus sobrinos en juegos, bureos y diversiones.

En fin, señor don Tadeo: V. dispense si me he excedido en favor de la infelice Carlota, de quien presumo ó sé con evidencia, que va á profesar contra su voluntad y déme por excusado del convite.

Todos dijeron lo mismo, y don Tadeo se salió avergonzado, pero no arrepentido de su maldito proceder. Luego que llegó á su casa se le olvidó la seria reprehensión del coronel, y se entretuvo en disponer las cosas para el siguiente día. Es mucho el poder de la avaricia.

Toda aquella mañana la ocupó en sus particulares negocios, y á la tarde... pero hagamos una visita en su convento á la desventurada Carlota. Hasta las tres no tuvo lugar Irene de darle la carta de Labin. Abrióla muy sobresaltada, y apenas vió la de su querido Welster y reconoció la letra, cuando se enterneció su corazón sensible, y las lágrimas salieron de sus ojos. Besó el papel innumerables veces, lo humedeció con su copioso llanto, lo apretó contra su pecho y su mano trémula iba á romper la cubierta, cuando la llamó la abadesa para que leyera un libro devoto, y mandó á Irene que hiciera chocolate.

En ese mismo tiempo llegó Welster á México, y se dirigió con su equipaje al mesón que llaman de la Herradura, no habiendo ido desde luego á la casa de Labin, por excusar que lo incomodaran los mozos y las caballerías.

No bien anocheció cuando tomó la capa y se fué para la casa de Carlota, deseoso de informarse por sí mismo de su salud y de su proceder. Se paró con disimulo en la puerta del zaguán para observar lo que pudiera. ¿Pero cuál fué su asombro cuando advirtió

el alboroto que había? Entraban y salían muy alegres los mozos de servicio metiendo cajones de dulces y bizcochos, fuentes, vasos, mesas, ramos de flores y otras cosas. No pudo contenerse, y acercándose al portero, poniéndole en la mano un peso para tabaco, le dijo: Amigo, V. dispense: dígame V. ¿quién vive en esta casa, y por qué causa hay ahora tanta bulla? ¿Estos preparativos son para alguna boda, porque á lo menos así me lo parece? Señor, dijo el portero: aquí vive mi amo el señor don Tadeo González de la Mora, y la bulla que V. vé es porque se está disponiendo el refresco para mañana que profesa de monja su niña la señorita doña Carlota en el convento de...—¿Quién, amigo, quién dice V. que profesa? preguntó Welster con mucha precipitación, y el portero le decía con igual flema: ya lo dije, señor, que la niña Carlotita. ¿La hermana de doña Adelaida?—Sí, señor.—¿Aquella joven muy hermosa que tiene un lunar debajo de barba?—Sí, señor: esa, esa mismísima es la que va á profesar.—Hombre, V. se engaña. Si eso no puede ser. Sobre que esa niña está para casarse.—Eso yo no sé; pero vaya V. mañana al convento y allí saldrá de la duda; y V. perdone que no le dé más contesta, porque me está gritando el amo. Con esto se despidió el portero, y Welster se fué para el mesón, lleno de las ideas más tristes, y no queriendo creer lo que pasaba.

No pudo conciliar el sueño en esa noche, y así luego que vió la luz del día se vistió y comenzó á pasearse por su cuarto, deseando que llegara la hora de ir á la iglesia para ver por sus ojos lo que le había dicho el portero, y haciendo contra la inocente Carlota los más injustos discursos.

Llegó por fin la hora funesta, tomó una taza de café, y entrándose en el templo vió é hizo lo que sabrá el lector si quisiere leer el capítulo que sigue.

Capítulo IV.

En el que se concluye la historia de Jacobo y de Carlota.

No hay que esperar firmeza en esta vida. Todos los hombres son variables; pero más que los hombres las mujeres. Ellas son el depósito del fingimiento y la superchería. Sus ternezas son adulaciones, y sus más firmes juramentos no pasan de unas mentiras estudiadas. Mal haya el que se cree de unos entes tan débiles y miserables que abusan de los dotes de la naturaleza y de la ternura de su sexo para engañar un corazón sensible y generoso. Mas ¿quién no se creerá de una mujer hermosa cuando jura y promete ser firme hasta la muerte, y más si llama el llanto para que sostenga su mentira? Las lágrimas y los suspiros son unos arbitrios eficaces, que tienen á mano estas viles criaturas intrigantes para alucinar á los incautos...

De esta ó de peor manera pensaba Welster dentro del templo, creyéndose agraviado de su amante Carlota; pero no pensaba con razón, porque hay mujeres fieles que conocen las leyes del honor y saben cumplir firmemente su palabra; mas Welster no entendía de eso. En aquellos instantes no pensaba sino tomar satisfacción de la inconstante Carlota, que tal concepto le merecía.

Se entró por fin al templo y se acomodó cerca del coro: comenzó la misa y siguió el sermón según se acostumbraba. El orador ponderó las virtudes de la novicia con arreglo á las instrucciones de su padre, y entre otras cosas decía: *cui comparabo te, vel cui assimolavo te, filia Jerusalem? ¿á quien te compararé, á quien te asemejaré, feliz Carlota, hija de Dios y destinada para la celestial Jerusalén? Tú, en la tierna edad*

de dieciséis años (*) supiste despreciar la vanidad, y con pie firme hollaste un mundo falaz que te seducía con sus placeres y pompas lisonjeras, para seguir con tu cruz á Jesucristo, tu esposo predilecto...

Jacobo oía el sermón y cada palabra del orador hería su espíritu vivamente, renovando el mal juicio que se había formado de Carlota.

Concluída la misa, el preste y los ministros del altar se dirijieron al coro para solemnizar la profesión. Las religiosas se ordenaron en dos filas con vela en mano; la abadesa tomó el lugar que le correspondía, y entonces Welster, que estaba muy inmediato á la reja, pudo ver bien á su amada Carlota. Esta tenía los ojos bajos, y su macilento semblante manifestaba su estragada salud. Jacobo la veía de hito en hito, observaba las ceremonias religiosas, y escuchaba los cánticos sagrados con una atención imperturbable. Amaba tiernamente á Carlota, y su vista renovó su cariño; pero al mismo tiempo se creía abandonado de ella sin motivo, en un instante convertía en odio mortal aquel afecto, que volvía á desechar para quererla. De modo que su atribulado corazón batallaba á un tiempo con dos pasiones opuestas entre sí, el aborrecimiento y el amor, y sintiéndose agitado de las dos, no tenía libertad para decidirse por ninguna.

Entre estos amargos momentos llegó el de la profesión de Carlota. El sacerdote le hizo una exhortación breve y patética acerca de la vida religiosa, durante la cual ella no alzaba los ojos de la tierra que estaba regando con sus lágrimas. Así que el sacerdote concluyó, pasó la novicia á hacer la profesión en sus manos. Cada movimiento, cada palabra de ella era un puñal con que atravesaba el corazón de Jacobo sin saberlo. Este la contemplaba sin moverse; pero

(*) Sólo cumplidos los dieciséis años se debe admitir la profesión: haciéndose con menos edad es nula por disposición del citado Concilio. Ses. 25, cap. 15.

cuando la oyó decir, aunque con débil voz: yo soy Carlota de Jesús: hago voto y prometo... no pudo contenerse: perdió el juicio, se olvidó de la prudencia, y sin atender al lugar en donde estaba, con una voz fuerte é indignada le dijo: ¿qué prometes... perjura?... ¿me conoces?

El formidable grito de Jacobo penetró los oídos de Carlota. Levantó sus ojos abatidos y los dirigió hacia donde oía el eco pavoroso; conoció á su amante, y con una voz desfallecida dijo: ¡Ay Welster...! la fuerza... No pudo articular otra palabra. Un sudor frío bañó su hermoso rostro: su vista se eclipsó: la convulsión sacudió sus miembros fuertemente, y hubiera caído en tierra desmayada, si no la hubieran sostenido las monjas.

Todos se sorprendieron con tan inesperada novedad. Un sordo murmullo se extendió por el templo: Labin, que había ido con el cura don Jaime para cerciorarse de la profesión, y estaba cerca del coro, luego que oyó á su amigo Welster, corrió adonde estaba y le dijo: Ya es menester que te sostengas. El escándalo es mucho. Hazlo tú, por mí, le respondió Welster; porque yo no estoy para hacer ni decir cosa á derechas. El oficial Labin que acababa de dar el consejo, luego que se vió comisionado por su amigo, se embarazó, y no se atrevía á hablar una palabra; pero el cura lo sacó del cuidado. Se acercó á la silla del preste, y le dijo: me consta que esta profesión, en caso de ser, será violenta: sírvase V. hacer que se suspenda, mientras vamos á dar parte del caso á su Ilma. Acuérdese á la abadesa la excomunió del Concilio, por si quisiere hacer una violencia. Dicho esto, llamó á Labin y á Welster, y, entrando en un coche, partieron al Palacio arzobispal.

En un momento llegaron é informaron al señor Arzobispo, quien mandó que fuera el secretario, que llamase á la novicia á un confesionario para que libremente

te le dijese si era su gusto profesar ó no, y que en caso de que no quisiera, inmediatamente notificaran á la abadesa en su nombre que le diese su ropa de secular, y se la entregara; lo cual verificado, pasara á aquella señora á la casa del conde de la Roca, en la que se mantendría en clase de depositada, hasta que el señor Virrey determinase si podía ó no casarse.

Entre tanto que esto pasaba en palacio, volvió en sí Carlota, y creyéndose ligada con los votos, y desunida para siempre de su amante, prorrumpió en tan amargo llanto, y tan lastimosas exclamaciones, que enterneció á todos los circunstantes. Sólo su padre estaba inflexible, y como le dijeron que habían ido á consultar al Arzobispo, temía se les frustraran sus intentos, y agitaba á la abadesa para que recibiera la profesión de su hija: pero el sacerdote que presidía aquel acto lo embarazó cuanto pudo, hasta que volvieron Labin, el cura, Welster y el secretario.

Sin pérdida de tiempo practicó este último las órdenes del prelado, y habiendo Carlota protestado la fuerza con que iba á profesar, porque su intención era ser esposa de Welster, notificó á la abadesa se la entregara pena de excomunió mayor reservada al Arzobispo. La abadesa obedeció al punto. Llevaron á Carlota para adentro, la vistieron de secular, y después la bajaron á la portería donde la esperaba Welster y sus amigos.

Luego que se la entregaron al secretario y se vió libre de las monjas, corrió hacia Jacobo y lo abrazó sin hablar una palabra, porque las lágrimas se lo impedían. Ella no tuvo ni miramiento ni vergüenza en aquel acto. ¡Qué cierto es que una pasión vehemente no deja reflexionar en nada! Don Tadeo, que todos estos lances presenciaba, hubiera querido matar á su hija y á Welster cuando los vió abrazarse; pero sus amigos le impidieron acercarse á ellos.

Sin embargo, ya que no podía usar de su mano con-

tra ella, usaba de la lengua, llenándola de oprobios, y confundiéndola entre sus acostumbradas maldiciones, que no atendió Carlota, embriagada con el gusto de haber visto á su esposo, y de haberse escapado de ser monja: bien que el secretario y los demás señores hicieron mucho por no dar lugar á que oyera á su padre, apresurando la despedida de las monjas; y luego que esta ceremonia se concluyó, la subieron al coche, y la condujeron á la casa del conde.

Naturalmente nos interesa el bien de nuestros semejantes, y así toda la gente que había presenciado este raro suceso, y se había informado de la causa y circunstancias de él, felicitaban á Carlota. ¡Pobrecita! decían: ¡gracias á Dios que ya no fué monja á fuerza! maldito sea el viejo codicioso de su padre.

Ya se sabe cuánta es la desvergüenza de un pueblo conmovido. Estas palabras no las decían en voz baja, sino muy recio para que las oyera don Tadeo, que se quedó pateando y blasfemando en la portería. Sus amigos lo fueron dejando uno por uno, hasta que lo dejaron todos, y él se quedó solo repitiendo: ya no es monja, ya no es monja, maldito sea su padre. El cochero y el paje, temiendo que las gentes rabiosas no hicieran con él alguna tropelía, y conociendo al mismo tiempo que no tenía el juicio en su lugar, cargaron con él, y lo metieron en el coche, acompañándolo el paje para que fuera más seguro. De esta suerte lo condujeron á su casa.

Entretanto, el secretario y sus compañeros entregaron la noble depositada al conde y á su esposa, con recomendación del arzobispo, y estos señores la recibieron con las más sinceras demostraciones de cariño y ternura, luego que supieron sus desgracias, asegurando á Welster que descansara en su cuidado, pues ellos no solo se dedicarían á complacerla, sino que se valdrían de la estimación que merecían al Virrey para que, informado de la ninguna justicia que tenía don

Tadeo, le dispensara la edad, y concediera su permiso para que se casasen cuanto antes.

Se despidió Welster y los demás señores de los condes, y, suplicando al secretario que los acompañase, fueron á Palacio en la misma hora, é informaron á S. E. de lo acaecido. El Virrey dijo á Welster que pusiera su pretensión por escrito, y que, resultando cierto cuanto exponía, podía esperar un decreto favorable en justicia. Con esto se retiraron todos muy consolados. Dejaron al señor secretario en el arzobispado, después de haber dado las debidas gracias á su Ilma. Luego el señor Labin llevó á Welster á su mesón, y él con el cura fué á casa de don Tadeo, para consolarlo y persuadirlo á que desistiera de la tenaz resistencia que oponía para el casamiento de su hija.

Trabajo costó al cochero poner el coche frente á la puerta de don Tadeo, porque la gente plebeya se había agolpado allí, y casi no dejaba pasar á nadie por la calle. La causa era que don Tadeo les estaba arrojando por el balcón los dulces, bizcochos y licores prevenidos para el refresco. Subieron Labin y el cura, y lo encontraron solo en su sala y en la más ridícula figura; porque estaba sin casaca, con el chaleco desatacado, la camisa rota hasta la cintura, con la barriga y la calva al aire, porque había tirado la peluca, y todo él hecho un asco, lleno de dulces, empapado en vino, pero muy afanado en tirar á la calle hasta los vasos, repitiendo sin cesar: ya no es monja, maldito sea su padre.

El señor Labin y el cura se compadecieron del miserable viejo, procurando consolarlo y hacerlo sosegar, pero todo era en vano. Por momentos se ponía más furioso.

A este tiempo entró su hija Adelaida, y apenas la vió cuando, creyendo quizá que era Carlota, lleno de la furia más infernal, le dijo: no hay herencia, maldita, no la esperes, y diciendo esto, le tiró con un fras-

co de cristal con tanta fuerza y tal tino, que se lo hizo pedazos en la cara. Cayó en tierra Adelaida bañaba en sangre, y su padre sobre ella dándole furiosas puñadas, y aun la hubiera ahorcado con sus manos, si no entrara el cochero y el paje, con cuyo auxilio pudieron librarla el señor Labin y el padre cura.

Lo ataron como era regular, lo metieron á su recámara: pusieron en otra á la desventurada Adelaida: llamaron un médico: se encargó el cura de cuidar la casa en compañía del escribiente, que por casualidad llegó á ese tiempo, y el señor Labin pasó á informar á S. E., quien, como que conocía su honrada conducta, le previno por orden escrita que recogiese todos sus papeles, las llaves de las arcas, y se hiciese cargo de todos los intereses, inventariándolos con noticia del cajero mayor, y reteniéndolos en custodia: cuidando al mismo tiempo de la salud de don Tadeo.

Todo se hizo como el virrey determinó. A Adelaida la pasaron á su casa en una camilla, porque podía perjudicarla más el movimiento del coche. Alguna terrible puñada recibió en el pecho, porque echaba sangre por la boca. Luego que entró á su casa y la vieron en tal estado su marido y sus hijos, comenzaron á llorar amargamente; pero ya no era tiempo sino de asistirle con cuidado.

El señor Labin, de acuerdo con el coronel y el cura, procuró que se anduviera cuanto antes el negocio de Carlota y Welster, sin que ella trascendiera nada de las desgracias de los suyos. Con el favor del conde, y mucho más sabiendo el virrey que su padre estaba loco de remate, concedió su superior permiso para que se casara con Welster, lo que se hizo secretamente en la misma casa de los condes, que se ofrecieron por padrinos.

A pocos días se agravó don Tadeo, habiendo tenido la felicidad de que se le despejase el cerebro perfectamente dos días antes de morir. El no era idiota:

aprovechó estos preciosos momentos; conoció sus yerros: se reconcilió con la Iglesia: se dispuso cristianamente: otorgó su testamento, mejorando en gran parte á Carlota: mandó que entrase su escribiente, y después que le dictó una carta reservada, la cerró con su sello, se la entregó al señor Labin, suplicándole que, después de su muerte y funerales, la pusiese en manos de su hija, á la que no se atrevía á ver, confundido de su inicua conducta. Recibió los santos sacramentos, y el día siguiente murió como cristiano quien había vivido como idólatra de su dinero.

No se pudieron ocultar estas cosas al esposo de Adelaida; porque ésta lo enviaba diariamente á saber de la salud de su padre; pero tenía bastante prudencia; y así fué fácil que las hijas ignoraran la muerte de su padre, hasta que Adelaida se restableció. Ella padeció más de un mes y quedó con la cara señalada para siempre, lo que no fué poca fortuna.

El señor Labin, el cura, el coronel y Welster mismo emplearon sus talentos para dar á las hijas la triste noticia del fallecimiento de su padre, y para inspirarles la debida conformidad con la voluntad divina, especialmente á Carlota que, como la mejor hija, lo sintió más; pero por fin, las dos se conformaron á la fuerza.

Entonces se vistieron los lutos de costumbre, y cuando al señor Labin le pareció, las hizo estar juntas, y en su presencia abrió la carta de su padre, y á su ruego la leyó, y oyeron que decía de esta manera:

Carta de don Tadeo á su hija Carlota.

Querida hija mía: á las orillas del sepulcro hiere la luz de la verdad poderosamente nuestros ojos. Apasionado por la maldita codicia del dinero, creyéndome inmortal, y temiendo me faltara, te iba á precipitar en un abismo de miserias, te iba á ser infeliz eternamente, haciéndote abrazar un estado para el que no tenías